

ENCUENTROS EN VERINES 2002

Casona de Verines. Pendueles (Asturias)

CARLOS CASARES

Suso de Toro

Creo que todo el que ha pasado por Verines permanece tocado por su espíritu en adelante. Yo llegué aquí no recuerdo si en el año 86 o 87 con mi curiosidad y dispuesto a conocer escritores, algo que deliberadamente había esquivado, pues creo que un autor debe forjar su temple en soledad y solo cuando se ha probado debe presentarse en público; por otro lado el mundo de los escritores en Galicia estaba entonces, en parte aún hoy, tan mediatizado por debates doctrinales y extraliterarios que no me interesaba. Yo venía de la militancia política y si algo quería del mundo literario era precisamente literatura. Me lo pasé muy bien y allí, aquí, conocí a Carlos Casares.

Según recuerdo al volver concluí que éramos amigos, muy distintos pero amigos. De todos modos, si las relaciones entre escritores son siempre complejas a poco que se escarbe, las relaciones que se dan en espacios culturales y lingüísticos conflictivos, como es el caso gallego, lo son más aún. Nuestras relaciones tuvieron momentos distintos, y compartimos aventuras, acuerdos y desacuerdos, pero siempre se cimentaron sobre el entendimiento último y la complicidad que nos entregó este encuentro en Verines.

Tal como lo recuerdo aquel Casares de aquel año estaba radiante, aquel parecía ser su lugar y estar rodeado de sus amigos. En conjunto Verines era la salida natural de Carlos al mundo: 1) era un espacio literario, 2) la comunicación era a través de la conversación, 3) el “tempo” lento y tranquilo del Encuentro se acomodaba a sus bioritmos, 4) el componente fundamental era el factor humano, el trato y el conocimiento personal, más que el contenido literario, 5) se daba un reconocimiento natural, sin forzamiento alguno, de las “otras” lenguas (lo cual era y es especialmente valioso para nosotros, ya que “normaliza” nuestra situación de escritores). Por estas y otras razones Casares se sentía aquí como en casa, diría que era su verdadera casa, su lugar.

Pasan los años sobre todos y sobre todo. La vida y la Historia tienen sus leyes que no responden a optimismo o pesimismo, no responden a nada, simplemente no responden a pregunta alguna. Pero las personas esperamos respuestas a nuestras expectativas, por escépticos que llegemos a ser. Carlos tenía un racional y mesurado escepticismo, aún así en los años ochenta se estaba definiendo un nuevo marco para la literatura y cultura española y Carlos abrigaba la esperanza de que se refundase un espacio literario sobre criterios de valor artístico y donde se reconociese como algo común, se sumase, la existencia de las literaturas en otras lenguas distintas de la castellana. En su última entrevista publicada, en “Quimera”, Casares se mostraba desencantado y desanimado. Es decir, la utopía implícita en su *Verines* no se realizó. Creo que Carlos se sentía lejos y casi fuera del mundo literario que se ha ido creando en los últimos años. Porque cuando la literatura se rige por la actualidad, que es creada por el poder empresarial, y abandona las referencias y arbitrajes internos se pierde la perspectiva. Y luego la memoria. Pero no quiero parecer hipócrita y denostar pecados ajenos, pues yo mismo hablo desde dentro de ese mundo que es la literatura hoy en España. Y lo cierto es que desde los años ochenta el ritmo de la vida y las carreras literarias se ha acelerado tremendamente, ha perecido aquel mundo donde los escritores acumulaban méritos y consolidaban su posición con cada obra, hoy solo valemos lo que vale el éxito de nuestra última obra publicada y vivimos en el ansia perpetua de este perpetuo presente sin memoria. Algunos estamos corriendo o hemos corrido a ese ritmo frenético, Carlos creo que no.

Creo que Carlos se sentía en los últimos tiempos fuera de época.

En cuanto a la recordada querencia de Carlos por relatar anécdotas, utilizando las viejas virtudes, como la memoria, y las habilidades, como el ritmo, los registros de la voz, de los narradores orales, creo que se debe a que, siendo un hombre moderno, también era un hombre antiguo. Era un hombre de nuestro tiempo y comprendía lúcidamente este momento de nuestra civilización, mantenía una relación racional con el mundo, aceptaba las transformaciones y argumentaba una visión del curso de la Historia optimista, sin embargo..., una cosa es la razón y otra el corazón y la sensibilidad. La inteligencia de Carlos estaba aquí, su querencia en cambio estaba en un mundo tranquilo y ordenado, que, inevitablemente, era el de su infancia en un pueblo donde cada uno y cada cosa estaba en su lugar. Acierta Cioran sobre la naturaleza más íntima del escritor cuando dice que todo escritor es un reaccionario. Es cierto, somos los que apartamos nuestros ojos asustados del presente y volvemos la vista atrás. La tertulia, la rememoración a través de las anécdotas era el modo en que se manifestaba en Carlos esa mirada hacia atrás. Creo. En casi todos los escritores su verdad se manifiesta en la obra, no en su modo de manifestarse en

público, también en Carlos, aunque en él su modo de estar entre la gente, de expresarse a través de modos, como la tertulia, que son propios de otra época desaparecida también expresaba esa su naturaleza de escritor. Quizá prefiriese frente a la literatura, la escritura, esa forma de muerte, la palabra viva, el hálito tibio del narrador.

Porque nuestro oficio de escritor es verdaderamente oficio miserable. Nuestra soberbia se yergue sobre las ruinas de un mundo sagrado y mágico liquidado. El paso de lo oral a lo escrito es el paso del contacto con lo divino a la soledad humana, a la menesterosidad de este tiempo en que el humano reina sobre un mundo muerto, un mundo de objetos.

Hölderlin se volvió loco de lucidez, de ver que sus invocaciones eran vanas, su voz que quería fuese poseída por los antiguos dioses seguía siendo un lamento humano, meramente humano. Su mente se embriagó, pero no de la memoria divina de Mnemosine sino de impotencia humana. Él entrevió la profunda falla que separa al mundo antiguo, presocrático, del mundo moderno. O dicho de otro modo al viejo mundo indoeuropeo, de los dioses, la embriaguez, los bardos y los aedos, del nuevo mundo semita, judaico. Este mundo al que pertenecemos, no nacido de Grecia como tanto decimos sino de la letra escrita del Estado romano y de la religión filológica judaica, el camino de la palabra como puente a un Dios abstracto. La idea de literatura, los escritores, pertenecemos a ese mundo; nuestra pomposa figura del “autor” es la flor de esa cultura.

Poseídos por la hipóstasis del yo moderna, por nuestro narcisismo, escribimos no al servicio de la divinidad sino para que nos sirvan los lectores. El escritor contemporáneo cabal no escribe para que lo escrito sea declamado por rapsoda o pronunciado por actor, actriz, sino para quien lee solo y sin voz, en el silencio de su cámara íntima. Queremos al lector como siervo nuestro, como amplificación mínima posible de nuestro texto inamovible.

Porque tememos la oralidad. Ya que la oralidad es inaprensible, irrepetible, cambiante. Y nosotros cultivamos codiciosamente nuestra “obra”. La obra es nuestra estatua, estática. Afirmamos la individualidad del autor a través de la propiedad, ponemos un límite a la creación y la registramos. Existimos gracias al registro de la propiedad, del “copyright”. Eso hacemos. Somos los enemigos de la oralidad en su esencia. Porque que no exista la oralidad es la garantía de nuestra existencia. Aún más es la garantía necesaria para nuestra inmortalidad literaria. Pero el poseído por la palabra divina, o mágica, el aedo, el bardo, el cantautor, el bluesmen, conoce o atisba la verdadera vida trascendente, o trascendida. Nosotros, en cambio, aspiramos a rebasar el límite de la vida a través de nuestra “inmortalidad”. Pero estaremos

muertos inevitablemente aunque el texto codificado y cosificado perdure. Fieles a nuestro tiempo menesteroso, los modernos, los autores, elegimos el camino equivocado, negamos la “religatio” a cambio de la afirmación de la individuación, de la separación.

Sí, es frecuente en la literatura moderna la invocación, la búsqueda de los auspicios, de la “oralidad”, es una muestra de impotencia. La representación de la oralidad en la escritura es algo paradójico, es un reconocimiento implícito de nuestra esterilidad. Y con el curso de nuestra civilización la oralidad escrita fue pasando de la representación del “yo”, consciente, monologante y solo del monólogo dramático, a la voz paupérrima y confundida de los textos narrativos de Samuel Beckett, Malone, Molloy, el Innombrable.... Nuestro mísero yo moderno huérfano ha perdido el nombre, la identidad, el alma, el hálito.

Cuando buscamos la oralidad en un texto escrito confesamos nuestra impotencia y la esterilidad de nuestro camino. Creo que hay que desandar el camino, de la palabra escrita a la palabra hablada. O mejor que desandar, andar pero buscando otras cosas menos muertas.